

CAPITULO XII.

El Viérnes de Dolores.

Hay un día de flores para México: un día en que las chinampas ó jardines flotantes de Santa-Anita, Ixtacaleco y Xochimilco, que forman una reunion de encantadas islas, separadas unas de otras por estrechas calles de durmientes aguas por donde se deslizan las ligeras chalupas de los sencillos indios, enriquecen con rojas amapolas, pintados claveles y fragantes rosas, la grandiosa capital de los antiguos emperadores aztecas. Un día en que el vistoso canal de la Viga ostenta en sus tranquilas ondas millares de rústicas canoas, cubiertas de variadas flores que, embalsamando la atmósfera, se des-

lizan sobre el sereno cristal al leve impulso de los remos, penetrando en la pupulosa ciudad por debajo de los toscos puentes de Sto. Tomás, S. Pablo, Curtidores, Blanquillo, Colorado, de S. Dieguito, de la Merced, y de la Leña, deteniéndose desde la calle de Roldan y el callejon de S. Miguelito, hasta una distancia larga en que la vista se pierde en un pensil de flores, oscilando sobre las aguas.

Sí, un día de vida, de animacion, de alegría, de solaz y de contento; y este día en que la naturaleza misma parece empeñada en presentarse risueña y tranquila, vestida con el brillante trage de un cielo limpio y un sol siempre esplendente, es el Viérnes de Dolores, en que el pueblo católico de México acude á comprar flores para adornar los altares, que en casi todas las casas particulares, se levantan en esa época á la Madre del Salvador.

Eran las ocho de la mañana. La calle de Roldan, el callejon de San Miguelito, el Puente de la Leña, el de la Merced, el de San Dieguito y el Colorado, se veian apre-

tados de una lucida concurrencia, compuestas de las personas de ambos sexos mas distinguidas de la sociedad, que de todos los puntos de la ciudad habian acudido á ver entrar las canoas que, cargadas de flores, remedaban vistosos tapetes bordados de preciosos ramilletes tendidos sobre un pavimento de bruñido cristal.

Los jóvenes mas elegantes y las señoritas de mas distinguidos modales y perfecta belleza se paseaban en aquel sitio, convertido de repente en ameno y delicioso pensil.

Lindas y fragantes eran las flores que embellecian el estrecho canal que lame cariñoso el borde de las calles por donde corre mansamente; pero habia otras flores mucho mas bellas, mucho mas hermosas, mucho mas risueñas que ellas; y estas flores eran las seductoras hijas del Anáhuac, cuyo balsámico aliento era mas dulce y embriagador que el perfume de los blancos lirios y nacaradas rosas de todos los pensiles.

—¡Chicos, chicos!—decia un elegante á otros con quienes estaba en conversacion:—

¡mirad qué lindo ramillete de tres pimpollos animados camina hácia este sitio.

—¡Ah...! sí:—contestó otro de los del corrillo:—son las hijas del diputado H.... que viven en la calle del Seminario núm....

—Son tres lirios trasplantados del Paraiso para enriquecer la linda coleccion de flores del delicioso pensil de América.

—Y tres tipos que adivinó existirian el poeta zacatecano Calderon, cuando escribió su graciosa comedia: “A ninguna de las tres.”

—Pues si yo fuera autor dramático, escribiria otra, titulada: “A cualquiera de las tres.”

—Y yo—añadió un almibarado pollo—compondria una que llevase por nombre: “De las tres, á todas tres.”

—Pues, hombre, si en vez de ser autor te resuelves á ser actor, pronto tendrás correspondencia de las tres.

—¿De veras?

—Solo que seria preciso que primero recibieses algunas lecciones de declamacion de algun artista dramático.

—Si no es mas que eso.

—Pues no es necesario otra cosa.

—¿Cómo!

—La mayor es una jóven dedicada á la política, que ha leído todos los publicistas, que traga los periódicos, que no habla mas que de noticias, y que muchas veces escribe los discursos que ha de pronunciar su padre.

—¿De veras?

—Como lo están vdes. oyendo. Para ganar, pues, su corazon, no tienes mas que dirigirle una epístola concebida, poco mas ó menos, en estos términos: "Señorita: el gran paso político que las primeras naciones del mundo han dado para mantener por las buenas relaciones el equilibrio del continente Europeo, es el de las alianzas, ya por medio de enlaces, ya por medio de arreglos comerciales que interesen á los países contratantes. Yo que he vivido hasta ahora como potencia neutral; porque no veía en otra las cualidades indispensables que me inspiraran la confianza necesaria para una alianza ofensiva y defensiva, he visto en

vd. una potencia con quien me convendría estrechar relaciones que la diplomacia aconseja, y . . .

—Despues acabarás de dictar la nota diplomática:— dijo interrumpiéndole. — Por ahora atiende á esa lindísima jóven que se acerca, acompañada de su mamá. Es un bellísimo ranúnculo en medio de tantas flores.

—El ranúnculo indica ingratitud, impaciencia, fiereza, y la encantadora Luz es un corazon de ángel que desconoce el rencor.

—Entonces será una amapola que, segun tengo entendido, revela consuelo, amabilidad.

—Es cierto; pero se te olvida que esa flor, aunque tiene la corola de fuego, su temperamento es frio, y que, por lo mismo, simboliza á la persona fria que finge un amor y un entusiasmo que no siente, como un amante falso, un patricio que solo trabaja por su interes, ó un cortesano lisonjero y adulador; y la hermosa de quien hablas, ama, y ama de veras. Yo creo que le convendría, por lo mismo que es hermosa y de corazon constante, que la hubieses compa-

rado con el clavel encarnado ó con la clavellina del mismo color, que indica *amor vivo y puro*.

Con la boca abierta y escuchando la conversacion se hallaba junto al corrillo de nuestros elegantes un sencillo campesino, á quien acompañaba un jóven militar, bien puesto y de arrogante presencia, que mientras aquel se entretenia en oír hablar, él se ocupa en ver pasar á las seductoras jóvenes.

—Que *sabijondos* son estos *catrines*;—dijo el campesino llamando la atencion del militar.—Hasta lo que *senifican* las flores lo saben ellos: ya veo que en la *suidá* es donde se aprende la *cencia* de *Salmon*, como decia mi amo D. Miguel.

—De Salomon diria, Pablo, y no de salmon.

—Eso, eso; de Salmeron. Entonces su merced, niño D. Juanito; *entovia* estaba su merced muy pequenito, y ni siquiera soñaba en servir á la diosa *Pelona*.

—Belona querrás decir, que es la diosa de la guerra.

—Eso; pero oiga su merced, niño D. Jua-

nito, qué bien se *explicotean* los *catrines*. A mí me *cuadra mucho* oír á los *letrados*, porque así se *destruye* uno.

Y Pablo volvió á fijar su atencion en la conversacion de los jóvenes.

—La idea de compararla con el clavel encarnado ó con la clavellina del mismo color, que indica *amor vivo y puro*, me parece muy feliz;—dijo uno de los elegantes del corrillo;—pero yo, ademas, le agregaria la acacia rosa, que indica *elegancia, finura y compostura*, que son cualidades que resaltan en la hermosa Luz.

Pablo escuchaba lleno de asombro.

—Sin duda.

Contestaron varios.

—Y segun dicen, está muy próximo el dia de su enlace con el jóven médico Rafael.

—Es un individuo muy digno de ella.

—Y es milagro que no viene acompañándola.

—No tardará mucho en aparecer por aquí.

—Tambien aseguran que la pretende el doctor Willey.

—Willey pretende á todas y á ninguna. Es decir, quiere á todas las mujeres, pero jamás ha pensado en casarse.

—Apuesto á que no viene muy lejos de ella.

—Allí le veo bajar el Puente de la Leña en compañía de otros tres extranjeros.

—¿No os lo dije?

Pablo miró hácia el sitio que indicaban los alegres jóvenes.

Estos siguieron hablando por otro instante, y luego se ocuparon de las personas que conocian y que habian concurrido al paseo de las flores.

Pablo que vió terminada la conversacion de las flores, que era lo que mas le habia interesado, le dijo á D. Juan.

—¿Quere su merced, señor amo, que demos una *güelta* para *devisarlo* todo?

—Vamos por donde gustes. Pero ¿no me dirás qué asunto te ha traído de Texcoco?

—Hemos hecho una capillita en el rancho, y queremos que la bendiga el padre Enrique, que tan buen amigo *jué* de mi amo D. Miguel.

—Nadie como tú tiene pruebas mas seguras de lo leal y franca que fué esa amistad. Mi querida madre me lo ha referido mil veces, y nadie como ella siente que su hermano Enrique, aquel que siendo militar valiente no se separaba ni un instante de su amigo Miguel, al abrazar el estado de la Iglesia, se haya retirado para siempre del trato de los séres que mas amaba.

—¡Vaya si tengo pruebas de la amistad que se profesaban! Y muchas: como que les llamaban en todas partes, Pilatos y Orates.

—Pilades y Orestes, querrás decir.

—Pero *dende* que se casó mi amo D. Miguel con su prima María, se ordenó el señor D. Enrique, y nunca ha querido *golver* á casa de su antiguo amigo, por mas que éste le suplica que vaya.

—¡Pobre Enrique!—Dijo D. Juan.—A pesar de ser mi tío y amarme entrañablemente, jamás me ha querido confiar el motivo que tiene para no obsequiar el deseo de su antiguo amigo Miguel. Sin duda es cierto que se hizo eclesiástico porque no pudo

unirse á la mujer que amaba, y teme visitar al que se unió á ella por no despertar en su corazon recuerdos que deben estar dormidos.

—Yo no sé: aunque la verdad yo veia que le *pelaba* tamaños ojos á la señorita María antes de que se *matrimoniara*, y que *dem-pues* se puso triste, flaco, pálido, y que por último se *metió* á padre, y que hoy es modelo de sacerdotes.

—Tal vez por eso no haya querido volver á ver á su leal amigo Miguel.

—Me *rabiato* á esa idea.

—Y estoy seguro que tu antiguo amante en extremo la ausencia de su amigo.

—Y tanto, que viendo que no *quiere* irlo á *visitarlo*, ha venido mi amo acá para abrazarle.

—¿Ha llegado D. Miguel?

—Sí, señor amo, y ha venido con su esposa María.

—¿Y dónde está?

—Se *jué* inmediatamente á mi casita de Texcoco: de suerte que cuando el padre

D. Enrique vaya á bendecir la capillita de mi rancho, se encuentran.

—Y yo tambien iré para preguntarle por mi familia.

—*Güeno*.

Y Pablo siguió andando, ponderando al padre Enrique, al antiguo amigo de su amo D. Miguel.

La hermosa Luz, entre tanto, cruzaba gentil y esbelta la en aquel momento concurrida calle de Roldan, radiante de juventud y de belleza, como una blanca ninfa á orillas de un limpio y cristalino lago esmaltado de lindos ramilletes que embalsamaban la atmósfera con su fragante aroma.

En su frente virginal y pura se reflejaba la sensibilidad y ternura del alma, como se refleja en el blanco y misterioso disco de la callada luna, la melancólica ternura con que la desventurada y hechicera Diana consagró su amor al gentil doncel Endimion, á quien, rigiendo el curso del astro luminoso de la noche, y envuelta en una nube, descendia á verle á su poética gruta para contemplarle durante su tranquilo sueño: en

sus hermosos y grandes ojos, que los dirigia de vez en cuando hacia el numeroso concurso, como en solicitud de algun objeto que esperaba encontrar, brillaba una dulcísima mirada en que se leia la ternura de una alma virginal y el dulce placer que imprime la esperanza de una próxima ventura.

La hermosa luz sabia que encontraría en aquel sitio al hombre que idolatraba; al tierno y constante Rafael, que era el centro de atraccion á donde se dirigian todos sus pensamientos; al jóven de alma noble y amorosa, que le habia hecho presentir una vida de inagotable felicidad, y al cual muy en breve debia pertenecer.

¡Felices momentos de la mujer son esos en que su alma, bellísima como su rostro, recorre el florífero vergel que su poética y fecunda imaginacion, llena de risueñas ilusiones, le presenta como realizables y sin término!

Es la venturosa época de los dorados ensueños, en que todo sonríe á su vista, en que todo halaga su sensible corazon, en que se desliza su vida en un piélago de de-

licias, y en que mira el porvenir como el delicioso Eden, sembrado de flores y de plantas, en donde se resbalarán las horas entre amores y caricias.

Son los instantes poéticos de la mujer: es el dulcísimo período de su vida en que los horizontes de su porvenir se presentan á su vista bañados de esplendente y nítida luz: es la página mas bella de su existencia, en que lee en dulcísimos raudales de poesía, el poema de todas las venturas de la tierra.

Los que se complacen en no conceder á la mujer ninguna de las bellas cualidades que la adornan; los que por doctrina sistemática le niegan ese sentimiento de ternura en que supera al hombre, esa exquisita sensibilidad que en muy pocos de nosotros reside; los que la niegan constancia y amor, cuando el amor y la constancia están vinculados en el corazon de la mujer; los que, en fin, niegan á esta hermosa mitad del género humano todo sentimiento noble y generoso, y solo le conceden, lo que está muy lejos de tener, un corazon egoista y

especulativo; esos repiten á todas horas que la mujer no dedica á nadie su corazón, que su mano está dispuesta á entregarla al primero que solicite unirse á ella; porque todas las aspiraciones de la mujer, todo su afán, todo su anhelo es enlazarse á un hombre, sean cuales fueren sus cualidades físicas, sean cuales fueren sus cualidades morales: su dorado ensueño, sus dulcísimas ilusiones, el blanco de todos sus deseos es.... casarse.

¿Y á qué, respondo yo, debe aspirar una jóven pura, hermosa, celosa de su buen nombre, de su reputacion sin mancha y del aprecio y respeto que alcanza en la sociedad, que á unirse á un hombre que sea su amigo, su compañero, su protector, su apoyo, y su esposo y amante á la vez? ¿Es culpable la mujer, porque dotada de un corazón tierno y amoroso, aspira á llevar el apellido del hombre que hace latir su corazón de amor, y cifrando en él solo su felicidad futura y su risueño presente, espera impaciente el instante venturoso de llamarse para siempre suya? No; todo lo contrario. Ese

anhelo de la mujer es laudable, es conveniente, es moral, es justo.

La jóven de sentimientos religiosos, la jóven que está dotada de capacidad y de rectos principios, la que quiera ocupar en la sociedad un lugar digno y respetable, debe aspirar á enlazarse á un hombre que se esmere en hacerla feliz.

Convengo, pues, en que toda mujer que no haya renunciado á la razón, al aprecio y al porvenir, aspira al matrimonio. Pero que este matrimonio lo contraiga como un negocio de especulación, sin mas objeto que el de casarse, sin otra idea que la de tener quien atienda á vestirla y sustentarla, esto es una falsedad, es una calumnia, es un ultraje, una suposición gratuita y ofensiva que se hace á la mujer.

La mujer ama, y ama de veras, ama con todo su corazón, ama para siempre, y jamas sacrifica este amor puro, noble y grande, que lo consagra todo entero al sér que ha interesado su corazón, aunque carezca de bienes de fortuna, al bastardo interés, ni á la elevada posición social con que le brin-

de aquel hácia quien no se sienta conmovida.

Los hombres aspiran á empleos, á honores, á mando y á riquezas, y muchas veces, para conseguir lo que intentan, se humillan, se envilecen.

La mujer no tiene otra ambicion que alcanzar el amor del hombre que ama; pensar en él, consagrarle todas sus ideas, ser de él para siempre.... vivir á su lado. ¿Cuál de las dos pasiones es mas noble?

La mujer piensa en el casamiento, no por el hecho egoista de tener un hombre que la sostenga, sino porque en el casamiento encuentra al compañero que ella ama, al jóven de alma fogosa que ha cautivado la suya; al hombre que le ha hecho presentir un eden de continuas delicias; al hombre por quien vive, en quien piensa, y sin el cual la vida le seria una insufrible carga.

El lector disimulará esta ligera digresion en defensa de la mujer.

Otros echan mano con frecuencia de esas digresiones para atacarlas por sistema: sea-

me permitido á mí defenderlas con razones y por conviccion.

Luz pertenecia á ese número de jóvenes tiernas, sensibles, de rectos principios y corazón constante, invariables en su amor, que cifran todo su bien en el sér que ha logrado cautivarlas.

Amaba á Rafael con todas sus potencias, y la esperanza de que muy pronto se uniría á él, era el sol de su felicidad.

La época del amor, ese breve tiempo en que los amantes se comunican, llenos de pasion y de ternura sus mas íntimos pensamientos, el grato dolor que sufren en los cortos instantes en que no se ven; el placer angélico que les inunda al dirigirse una mirada en que beben todos los deleites celestiales; el temor, el sobresalto en que viven de perder el cariño de la persona amada, y la consoladora constancia que se prometen; esa época, ropito, de temores y de esperanzas, de duda y de fé, de inquietud y de consuelo, es la época de poesia en la vida de la mujer. Despues vienen los cuidados de ama, de madre; esto es, como dicen los

enemigos del santo lazo de himeneo, *la prosa del matrimonio*; pero prosa que la mujer lleva con cariño; prosa que tambien tiene sus encantos, sus delicias, sus goces puros y constantes, cuando el hombre á quien se ha unido le consagra su ternura y su amor: cuando el sér que la hizo presentir una existencia de goces sin guarismo, cifra sus deleites en el cuidado de su dulce compañera y de sus tiernos hijos.

La hermosa Luz se hallaba en la época de agradable poesía, y sus ojos se dirijian por entre la multitud, en busca del objeto que idolatraba.

La calle estaba llena de gente y con dificultad se podia avanzar un paso en ella.

El ruido y el calor eran insoportables.

De las canoas y de los puestos de flores colocados á la orilla del canal, se oye salir la voz de las indias ofreciendo claveles, rosas de Castilla, amapolas y otra porcion de flores de vistosos colores y de fragante aroma.

Luz, sin fijar la vista en los objetos que tenia á su paso, la dirijia á un punto por

donde sin duda esperaba ver llegar á su amante.

Willey, acompañado de tres amigos, de los cuales ninguno de ellos habia visto la luz primera del sol en México, le seguia abriéndose paso por entre la multitud, sin perderla de vista.

—Ya veo, doctor—dijo uno de los que con él iban—que tiene vd. buen gusto. Todas las mujeres en quienes he visto que ha fijado vd. la atencion, son hermosas.

—Y esquivas.

Añadió otro.

—Y aun peor que esquivas;—agregó el tercero;—porque la esquivez no ofende; pero sí el que nos desprecien por otro.

En el semblante de Willey se pintó la indignacion.

—Es verdad:—dijo herido por aquellas palabras;—me desprecian hace algun tiempo todas aquellas á quienes dirijo mis juramentos de amor; pero pronto me vengaré de esos desprecios, y muy particularmente de los de esa jóven, para lo cual cuento con la eficaz cooperacion de vdes.

—Eso, desde ahora.

—Así será doblemente grato mi triunfo; porque me proporciona el placer de la venganza y la realizacion de un deseo.

—Si no le sucede á vd. con ella lo que con la jóven de que nos ha contado vd., la cual, despues de tenerla vd. ya en su poder, logró huirse del sitio á donde la habia vd. mandado llevar.

—¡Oh....! no: si aquella logró salvarse, fué merced á que yo caí enfermo en aquellos dias.

—Bien; pero ¿no es D. Rafael aquel que viene por el otro puente?

—Sí, él es.

—Y, segun parece, viene al encuentro de Luz.

—Sin duda estaban citados para este sitio.

—¡Oh....!—exclamó Willey exaltado de ira:—no tendrán el gusto de poder hablar de sus proyectos y de su amor.

—¿Cómo se los impide vd?

—Yo me acerco á hablar con ellas antes de que él lo haga: daré el brazo á la jóven,

y veremos qué sucede despues. Siganme vdes. á distancia regular, porque ahora mas que nunca necesito que pensemos lo que hemos de hacer.

Y sin detenerse, dejó Willey á sus compañeros, y se dirigió con ligero paso hácia donde Luz y su anciana madre se encontraban.

Sus tres amigos, como les habia ordenado, le seguian á regular distancia.

Ya estaba cerca de ellas, cuando aun le faltaba á Rafael, que venia del lado opuesto, un gran trecho para llegar.

Luz que habia visto á Rafael, y que ignoraba que era seguida de Willey, sintió bañado su corazon de placer.

El doctor, que vió á su rival aun lejos, saboreó el placer de llegar antes que él, ofrecer el brazo á la jóven, y privarle de la dicha de hablar de sus proyectos de union.

Ya estaba á pocos pasos de la hermosa, cuando el gentío, que era allí inmenso, le impedia andar tan á prisa como él deseaba.

Luz, entre tanto, seguia andando, y Rafael marchaba á su encuentro.

Willey, temeroso de verse arrebatado el bien que deseaba, se abrió paso por entre la multitud cuando aun era tiempo de que llegase antes que su rival.

—Lo que es por hoy—dijo interiormente con infernal satisfaccion—no has de gozar de las dulces palabras de una pasion que yo aborrezco.

Y avanzó algunos pasos, aunque con gran dificultad, por entre la mucha gente de ambos sexos que cruzaba en todas direcciones.

No le separaban ya ni cuatro varas de la hermosa Luz, cuando se sintió agarrado del brazo y que le impedían andar.

—No se haga *desimulado*, señor *doitor*, y no porque va de *putifraque* no quera hablar á los *probes*.

Willey volvió la cara con enojo hácia el importuno, y se encontró con la jóven y graciosa Federacha, con quien le vimos hablar en el baile *leperocrático* la noche en que fué á ver á sus amigos.

—Déjale que se vaya, porque le será *vi chornoso platicar* con nosotras delante de las de tono.

Advirtió la Tangos que iba con la Federacha.

—¿Y qué me importa?—contestó esta última; y luego, dirigiéndose al doctor, añadió con festivo acento:—¿No me *merca* flores para mi altar?

Willey estaba quemado de verse detenido en aquel instante en que iba á alcanzar á Luz, y avergonzado á la vez al notar que las miradas de todos estaban fijas en él al verle hablando con las dos jóvenes del bajo pueblo.

Los tres individuos á quienes habia dado órden que le siguieran, hicieron alto.

Pablo y D. Juan que se habian detenido en aquel sitio para gozar desde allí del precioso golpe de vista que presentaban las centenares de canoas cubiertas de flores que se mecían en el largo canal, y el número infinito de personas que se agitaban en las estrechas calles y puentes que en ese dia del año remedan una animada romería, fijaron la atencion en la persona con quien de tal confianza usaban dos mujeres, cuyo